

¿Y cómo no hacer caso a lo que pasa en nuestra ciudadanía, si es ella la que nos educa, mucho más que cualquier asignatura?

# ¿Somos progres, creídos o ilusos?

Basilio González \*

**H**ace tiempo que vengo observando, a mi alrededor, cómo la gente se declara 'progre y de izquierdas', sin modificar un ápice su forma de ser, de estar y de actuar, en comparación con los de fuera, a quienes consideran y generalizan 'de derechas' y 'fachas'.

'Somos los mejores y si algo nos sale mal, no es culpa nuestra sino es culpa de otros que nos quieren mal y nos quitan o nos han quitado lo que es o debería ser nuestro'.

Los que hemos sido siempre de izquierdas de verdad, de hechos y no sólo de palabras, somos, cada vez más, considerados de derechas porque seguimos criticando determinadas formas de ser, de estar y de actuar: 'Tenemos la verdad, somos la verdad y todo el que no esté de acuerdo es porque es un resentido o se ha vuelto de derechas'.

Si nos salen mal las infraestructuras, la culpa es de Madrid. Si la enseñanza va mal, es por la herencia recibida. ¿Cómo puede ser de otra manera si somos los mejores y los más progres? Hace poco, un amigo mío, en Lloret de Mar, me explicaba, con gran enfado, los desastres urbanísticos que se estaban haciendo en la zona de Levante por culpa de los gobernantes. Después de dejarle explicarse y que descargara su malestar, me limité a decirle: "Todo eso que se ha hecho en tu Lloret del alma y de tu infancia, esos mamotreto de edificios a la salida hacia Blanes ¿no es especulación? Los que mandan aquí son de otro partido. ¿No crees que, en todas partes, unos más que otros, pero todos, han hecho algo parecido?". Mi amigo es inteligente y dijo '¡Tienes razón!' Y ya no hablamos más del tema.

Hace poco leía en la prensa, como algo muy positivo, que el Ayuntamiento de Barcelona tenía controlados a miles de jóvenes, menores de 18 años, que pululan por las calles sin hacer nada. Si el Ayuntamiento tiene tantos controlados, quiere decir que son muchos más, pensé, y esto es una bomba de relojería que nos puede estallar en cualquier momento.



Ahora sale a la luz pública que nuestra enseñanza está muy mal. Hace años, desde la periferia, yo decía – exagerando – que, cuando en las escuelas de mi barrio se tuvieran los alumnos hasta los 16 años, sucederían cosas graves, que podrían llegar hasta a violar a las maestras pero, no por culpa de los críos, sino por culpa de los propios maestros, también por lo mismo, por la manera de ser y de estar de los maestros, y por la forma de asignarlos a las escuelas. Hubiera deseado equivocarme y que el tiempo me quitara la razón.

Cuando leí, en la enciclopedia catalana, hace poco, la historia de los barrios de Barcelona, me quedé de piedra, al ver que en la Zona Franca no había habido barracas y que lo que allí está escrito no se parece en nada a la realidad. Los que allí, se dice, eran los líderes yo puedo demostrar que es mentira y los que lo fueron han sido olvidados totalmente. Nadie como yo de 1966 a 1988 conoce y vivió la realidad de la Zona Franca. Si la his-

C  
A  
S  
O  
  
a  
b  
i  
e  
r  
t  
o



toria de los vivos la escribimos así ¿cómo será la historia de lo que no podemos opinar porque no estuvimos presentes?

En la misma línea, estos días se habla de Francisco Candel como el luchador de la Zona Franca. En los años que anteriormente he mencionado, fui el promotor y el líder de todas y cada una de las acciones que allí se realizaron, que fueron muchas. A Candel lo vi un día en una de las manifestaciones contra la vía del tren para luego, apuntarse en su libro *Ser senador no es ninguna ganga*, el éxito conseguido y que él había sido el apaleado por la policía. A mi me juzgaron por lo militar pero no salía en su libro. Otra vez lo ví en un recital de Gerena que montamos en el casino de viviendas Seat. No le vi en ninguna manifestación más, pero sí tuvimos que luchar contra su influencia, al oponerse a que se hiciera un Centro de Asistencia Primaria en la zona porque, según él y algunos más, teníamos suficiente con el dispensario del doctor Ribas que era de beneficencia. No escribía en la revista de nuestra asociación de vecinos porque no le podíamos pagar.

Tengo la impresión de que estamos tan pasados, que podemos y, de hecho, estamos haciendo héroes de los villanos y villanos de los héroes. A cada uno lo suyo, pero no lo de los demás. No debemos escribir la historia de un pueblo progre, de izquierdas y perfecto porque no lo somos ni lo hemos sido.

Hace años, cuando yo salía de Barcelona camino de Ávila, tenía la impresión de que iba retrocediendo, en la historia, montones de años y ahora, cuando hago el mismo camino, tengo la impresión de que no tenemos nada que envidiarles y que se respira mejor. Ellos progresan. Nosotros nos miramos el ombligo.

Hace días, ahora que me dedico a la vida contemplativa y 'paso de todo', que me corre por la cabeza este artículo. Aunque me puede pasar, como otras veces, que nadie lo publique, me considero liberado al hacerlo. Prefiero el silencio a que alguien me diga, como otras veces: "Basilio, tengo tu artículo sobre la mesa pero, como puedes comprender, es tan real y dice cosas tan ciertas que no es publicable". ¡Viva la libertad de prensa!

---

\* **Abulense y maestro, veterano luchador durante la Transición por los derechos de los últimos en su Barcelona adoptiva. Autor de *Historia de un barrio que vive y lucha. N.º S.º de Port, Zona franca* (Barcelona, 1979).**

## La madre de Salomón

*Columna de  
José Luis Corzo  
en Vida Nueva 14/7/07*

Se pelean por el niño, pero no es suyo. Ni de su madre, ni de su padre, ni de juntos; ni del estado nazi, ni del soviético, ni de la Iglesia (madre y maestra donde las haya). El niño sólo es suyo. Es decir, de él; aunque no ejerce todavía y hay que proteger su exclusivo derecho, su sagrada libertad. Es decir, impedir a cualquier presunto propietario llegar a serlo. Los niños de hoy probablemente vivirán otra ciudadanía universal inimaginable para sus tutores.

La pugna por los ciudadanitos empieza a convertirse en algo bochornoso. Basta pensar que, si los argumentos de una parte los esgrime el adversario, ya no sirven. Apreciar la ablación o el burka, ser un nazi o un defensor de la pena de muerte, no legitima inculcárselo a los alumnos o a los hijos. Pero ponernos de acuerdo sobre lo bueno y lo malo no va a ser fácil, ni marcar lo tolerable y lo prohibido, porque se mezclan con las más hondas creencias. Ni repartir las cuestiones (unas son del estado y, otras, de los padres) porque se implican. La neutralidad es imposible hasta al profesor de gimnasia.

Fracasa hasta Salomón, porque el litigio es otro. Lo que se ha de partir en dos es otra cosa: instruir (informar, enseñar...) y educar. Esto, para demasiada gente, significa modelar, plasmar, configurar la pasta todavía blanda de los chicos y, hasta algunas veces, clonarse en ellos. Sólo instruir corresponde a la escuela, porque *educar es otra cosa* (como se titula mi último libro), ni siquiera de los padres.

Pocos saben que, gracias a un buen cristiano brasileño, la historia de la Pedagogía sí que se ha partido en dos: antes y después de Paulo Freire. Porque nadie educa a nadie, sino que nos educamos juntos, frente a los desafíos de la realidad. Negarla es inútil. ■